Revista
Cálamo FASPE 55
Abril-Junio 2010

Miguel Hernández 100 años

- Aproximaciones a la poesía de Miguel Hernández. *Juan F. Villar Dégano* 25
- Imaginación e imaginarios en algunos poemas de amor de Miguel Hernández. *Felipe González Alcázar* 31
- Gerardo Diego y Miguel Hernández: la admiración mutua de dos poetas. *Aitor L. Larrabide* 37
- Miguel Hernández, poeta de la luz. *Alejandro Fernández González* 42
- *Miguel Hernández y la intencionalidad gráfica del Ruy-señor. Inmaculada Gómez Vera* 47
- Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras, de Miguel Hernández (1934). *Francisco Crosas* 50
- Ramón Sijé, la claridad del aire. *Ana Recio Mir* 52
- El taller literario basado en la poesía de Miguel Hernández. *Natividad Araque Hontangas* 54

Aproximaciones a la poesía de Miguel Hernández

Juan F. Villar Dégano
Universidad Complutense de Madrid

Al referirse a pintores o poetas con una obra precoz y llamativa, la sensibilidad popular suele decir de los primeros que "tienen buena mano" y dotes excepcionales para dibujar o reproducir plásticamente lo que ven; y de los segundos que poseen un talento nato. "El poeta nace y no se hace". No es así, pero la frase refleja bien la admiración y el impacto que producen algunos artistas en el público. Los procesos creativos requieren siempre, conocimiento, técnica, reflexión y, sin duda, intuición y alta capacidad expresiva, condiciones que Miguel Hernández fue adquiriendo y perfilando a lo largo de su corta vida como poeta y como hombre, aunque además tuviera un especial "don" para la poesía. El propio Lorca se lo confirma en una carta a propósito de *Perito en lunas*: "No se merece *Perito en Lunas* ese silencio estúpido, no. Merece la atención y el estímulo y el amor de los buenos. Eso lo tienes y lo tendrás, porque tienes la sangre de poeta"[1].

Pocos años más tarde, Tomás Navarro Tomás en el prólogo que le puso a *Viento del pueblo*, además de hacer una apología del autor como "poeta soldado", que ya había recibido su bautismo poético con *El rayo que no cesa*, escribe: "Se percibe la pugna interna entre el ímpetu de una vigorosa inspiración y *la resistencia de un instrumento expresivo insuficientemente dominado*[2]. Pero esta misma forma labrada con visible esfuerzo y tenacidad, contribuye en cambio a reforzar la impresión de honda y cálida sinceridad emocional que sus composiciones reflejan".

Como señala Eutimio Martín, uno de los biógrafos del autor en un reciente artículo[3], es posible que su pronta ausencia de la escuela y la falta de una formación inicial más completa, que le empujan a un autodidactismo voraz, hayan sido el mejor acicate para hacerse poeta; y, entre tanto vaivén, para encontrar una voz propia e inconfundible en la lírica española. Todo un reto que afianza su voluntarismo creativo y su necesidad de ser, a veces ingenua y desenfadada, como se percibe en algunas fotografías y en lo que dicen alguno de sus contemporáneos; y otras con una serenidad ensimismada como en el famoso retrato que le hizo Buero Vallejo, con sus grandes ojos espectantes. Quizá una de las mayores satisfacciones y enseñanzas que puede depararnos hoy la lectura de la obra hernandiana en su conjunto, sea la de poder constatar su lucha creativa en busca de la diferencia entre contradicciones y desarraigos; y siempre en una situación social y personal difícil. Casi un milagro, en el que en un muy corto espacio de tiempo pasa de lo epigonal mimético a lo singular personal quemando etapas. Transita con personalidad por un hermetismo experimental, para ir haciendo mano, *Perito en lunas* (1933), y por una poesía religiosa y amorosa con múltiples resonancias, en especial de los clásicos españoles: Poemas de *El Gallo Crisis*, sobre todo en conjuntos como *Imagen de tu huella* y *El silbo vulnerado*. Irrumpe en la palestra literaria con *El rayo que no cesa* (1936), libro muy elogiado por los críticos, entre ellos

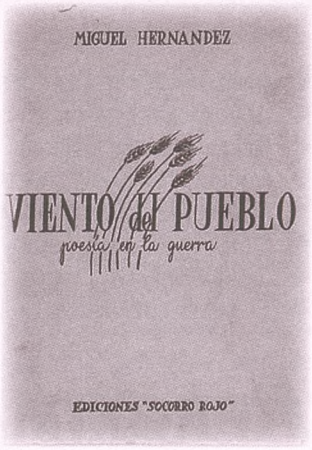
Director y coordinador:
ÁNGEL CERVERA RODRÍGUEZ
Realización técnica:
SONIA GARCÍA RINCÓN

Cálamo 56
MIGUEL DELIBES
LA VOZ DE CASTILLA

Juan Ramón Jiménez, y que representa ya un reconocimiento; y finaliza inmerso en una poesía de guerra y de compromiso, esencialmente humana, con *Viento del pueblo, El hombre acecha* y el *Cancionero y romancero de ausencias*, gestados en los últimos años de la guerra y de su vida. Redondeando el proceso, diez, quince años entre los primeros balbuceos en su Orihuela natal y su muerte en la cárcel de Alicante en 1942 con menos de treinta y dos años. Todo un ejemplo de voluntad creativa, sin contar el "don", al que hay que añadir prosas de artículos, notas, relatos, cartas, obras de teatro...[4] Una producción que transita simultáneamente por lo pastoril, lo religioso, lo amoroso y lo social, un universo activo que además implica vivir y sobrevivir.

"A nosotros, que hemos nacido poetas entre todos los hombres, nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres (...) Los poetas somos viento del pueblo: nacemos para pasar soplados a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas", le escribe Miguel Hernández a Vicente Aleixandre en la dedicatoria de *Viento del pueblo* (*Poesía en guerra*). El mismo Miguel, que como tantos otros poetas también se esforzó en elaborar su mito personal, sin duda con una parte de apoyaturas reales, "poeta pastor", "poeta del pueblo", abunda en el sentido mesiánico de su oficio, que como en León Felipe deviene en "poeta profeta" y en un compromiso social. En una coyuntura de cambio y de tragedia como les tocó vivir, la polarización de muchos intelectuales en general y de poetas en particular, Neruda, Alberti, Vallejo, León Felipe, Cernuda, Altolaguirre, Prados, entre otros, les situó frente al tiempo en una situación de ostracismo y agravio lector, algunos durante bastantes años. Estuvieron en el bando de los perdedores y las osadías se pagan. En la lectura, como en tantas otras cosas, existen modas, cansancios, pérdida de vigencia, y, lo que es peor, etiquetas interesadas, ocultismo y tergiversación. En el caso de Miguel Hernández el calvario fue prolongado. Bien es verdad, que para un sector de lectores, pueblo también, aunque probablemente sin la connotación tan sintética y colectiva que la de nuestro autor en su dedicatoria, su obra siempre ha sido leída y admirada en la medida que fueron disponibles sus textos. Ahora bien, a muchos otros lectores potenciales, y no cuento los ideológicamente recalcitrantes, etiquetas obsesivas como "poeta de guerra", "poeta social", o "poeta barroco", "poeta religioso", le han anclado, aún hoy, en un momento histórico que unos quieren olvidar, otros lo desconocen en su amplitud y trascendencia, y un gran número simplemente lo obvia como algo que no responde a sus expectativas de posmodernidad. Independientemente de la coyuntura de un Centenario y de efemérides parecidas, creo que este es un momento óptimo para leer y redescubrir la poesía de Miguel Hernández. En contraste con la de bastantes de sus contemporáneos, su obra es un ejemplo perfecto para lo que podíamos llamar *lectura atemporal temporalizada*. Dos niveles de acceso que no son contradictorios ni imposibles, uno atemporal que nos lleva hacia "las cumbres más hermosas", y convierte a muchos de sus poemas en clásicos; y otra temporalizada, que nos puede ayudar a la comprensión del hombre, Miguel, de su tiempo histórico y de los propios mecanismos del verso, en las vertientes en las que él trabajó y que le sirvieron de vehículo comunicativo y expresivo: el amor, la muerte, el sexo, la pena, la religión, la injusticia... Atemporal, clásico, por lo que verdaderamente es su mayor logro, la palabra sentida, precisa y deslumbrante, llena de connotaciones sensoriales y emotivas, de una gran corporalidad, que se clava en la memoria del lector y sobrevive por si misma.

Los poetas somos viento del pueblo: nacemos para pasar soplados a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas.



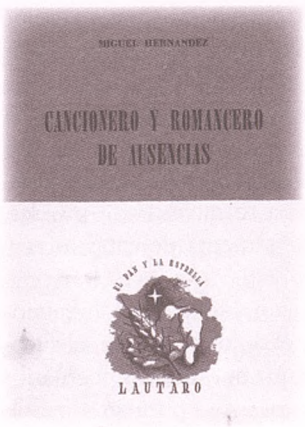
Cualquier aproximación a la obra de Miguel Hernández, por breve que sea, obliga a manejar múltiples registros y correspondencias con otros poetas y sus obras: Garcilaso, San Juan, Fray Luís, Góngora Calderón, Zorrilla, Espronceda, Bécquer, Rubén Darío, Juan Ramón, la impronta del surrealismo y lo que escriben sus mentores del 27, su admirado Lorca y sus amigos Neruda y Aleixandre. Es un poeta esponja que absorbe todo lo que lee e intenta transmutarlo con la fuerza de su inspiración y de su tenacidad creativa. Esto le conduce a una cierta *desmesura*, tanto sentimental como verbal, que camina subterráneamente por toda su obra, no sólo la del comienzo, aunque en ésta sea más patente; y que se adelgaza o ensancha hasta en un mismo poema. Se trata de una pirotecnia retórica y juegos de artificio, que aun poniendo a prueba su capacidad metafórica, declara a gritos sus orígenes y llena de altibajos la composición. Comparemos dos estrofas de *LA MORADA-amarilla*, poema de-

Es un poeta esponja que absorbe todo lo que lee e intenta transmutarlo con la fuerza de su inspiración y de su tenacidad creativa.

dicado a María Zambrano: "¡Qué cosechón! de páramo y llanura. / !Qué lejos!, ¡ay!, de trigo. / ¡Qué hidalga! paz. ¡Qué mística verdura / y ¡qué viento! rodrigo". (I, p. 371) "La copa fugitiva / del chopo, verde copo / de cielo en cielo, cielo al cielo priva / en un celeste anhelo: / ¡chopo!: copo de cielo, / que es menos que ser cielo y más que chopo, / chopo de cielo: ¡copo!" (I, p.371). Es posible que estos saltos formen parte de esa "pugna interna" a que se refiere Navarro Tomás en su etapa de iniciación, que se cierra mejor en poemas breves, por ejemplo de *Perito en lunas*; y que nos coloca una vez más en los avatares de su lucha creativa: (*PALMERA*) "Anda, columna; ten un desenlace / de surtidor. Principia por espuela. / Pon a la luna un tirabuzón. Hace / el camello más alto de canela. / Resuelta en claustro viento esbelto pace, / oasis de beldad a toda vela / con gargantillas de oro en la garganta: / fundada en ti se alza la sierpe y canta." (I, p.255).

No hay dudas de que el viaje de Miguel a Madrid fue determinante para su posterior desarrollo poético.

No hay dudas de que el viaje de Miguel a Madrid en 1931 fue determinante para su posterior desarrollo poético. En Madrid empezó a conocer a *los demás*, a los otros escritores, poetas..., subidos ya en vehículos diferentes a los que él usaba. Y no es que en Orihuela no contase con interlocutores literarios y amigos con los que departir, Ramón Sijé, Carlos Fenoll, que fueron determinantes para su vocación literaria; pero Madrid era otro mundo para los vientos estéticos, aunque como suele ocurrir con muchos de los nacidos en el campo, la ciudad, la gran urbe, se presenta como una antítesis, sobre todo si además no consigues lo que esperas. Su poema *El SILBO DE AFIRMACIÓN* EN LA ALDEA, con mucho de *beatus ille*, no deja dudas.: "¡Qué confusión! ¡Babel de las babeles! / ¡Gran ciudad!: ¡gran demontre!: ¡gran puñeta!: / ¡el mundo sobre rieles, / y su desequilibrio en bicicleta!" (I, p. 374). Y su colofón: "Lo que haya de venir, aquí lo espero / cultivando el romero y la pobreza. / Aquí de nuevo empieza / el orden, se reanuda / el reposo, por yerros alterado, / mi vida humilde y por humilde, muda. / Y Dios dirá, que está siempre callado." (I, p. 378). En este poema, la naturaleza, aquí contenida en su huerto, *locus amoenus, hortus conclusus*, es el refugio amoroso en el que aquietarse. El uso y la apelación a la naturaleza, a las estaciones, a los animales, a las plantas... en toda su dimensión nutricia e incitativa es uno de los recursos más constantes de la lírica de Hernández. Abro la primera página de la edición que estoy manejando y leo: "Que como el sol sea mi verso / más grande y dulce cuanto más viejo" [...] "No sé el nombre de ese pájaro / que tan vivaz se ha escondido / entre la morena plata / de un árbol del paraíso" (I, p. 117). Y en la última, perteneciente ya al *Cancionero y romancero de ausencias*: "Me tendí en la arena / para que el mar me enterrara, / me dejara, me cogiera, / ¡ay de la ausencia! (I, p. 764). La naturaleza sí, ¿pero cómo? No ciertamente la delicada y didáctica del imaginario neoclásico: Villegas, Iglesias de la Casa, ni la ensimismada de Antonio Machado, apta para la introspección, ni la ornamental exquisita del poeta de Juan Ramón Jiménez, ni la torrencial de Neruda en su *Canto General*, sino la del gozador y sufridor directo de la misma, que la percibe como parte de su propio ser y en toda su ambivalencia: Unas veces como fuente de placer e incitadora para la sensualidad, para el goce de los sentidos; y ya en su oficio de poeta para producir sentido y abrir la espita de la elaboración de imágenes personales y novedosas; y otras que se derivan de la condición rural, campesina, de pastor y trabajador de campo de Miguel. Son condicionantes que al hacerle conocer e interiorizar la dureza de la tierra, la ingratitud de algunos de los que la poseen y el sudor y el desencanto de muchos de los que la cultivan, le provoca otro tipo de imágenes, más poderosas y menos trilladas que las de su vitalismo exaltador, imágenes de otra dimensión expresiva, sin eufemismos edulcorantes, que ponen de relieve sin paliativos, su hondura reivindicativa y su compromiso. Así en *EL NIÑO YUNTERO*: "Nace, como la herramienta, / a los golpes destinado, de una tierra descontenta / y un insatisfecho arado" (I, p. 560) o en *EL SUDOR*: "Cuando los campesinos van por la madrugada / a favor de la esteva removiendo el reposo, / se visten una blusa silenciosa y dorada / de sudor silencioso." (I, p. 595).



Ramón Sijé le inició en el conocimiento de los místicos, de Calderón y de la poesía pura.

Por su formación escolar, por el medio en el que se crió y por las circunstancias de su época, Miguel Hernández tuvo una educación religiosa tradicional que luego fue ampliando con lecturas, con sus amigos del Círculo Católico y el canónigo Almarcha, de mala recordación en su proceso y muerte; y sobre todo con Ramón Sijé, que le inició en el conocimiento de los místicos, de Calderón y de la poesía pura, enseñanza que deja su huella en poemas anteriores a *El rayo que no cesa*, y de manera muy marcada en el auto sacramental *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras*, con una clara influencia de San Juan de la Cruz. La poesía religiosa de Miguel

Hernández, en ocasiones de singular belleza, tiene una sensible base conceptual, y un marcado aire a Siglos de Oro. En ella se ha despojado de parte de los afeites gongorinos de *Perito en lunas*, y se ha enriquecido con una simbología que fluctúa entre lo tradicional de la teología escolástica y una manera popular y vitalista de hacer asociaciones personales con la naturaleza y la cotidianidad: El poema *MAR Y DIOS* podría ilustrar lo primeros "¡Oh Dios! ¡Qué sed! de tu temperatura, / de tu comunicable fortaleza / y volandas de amor a la ventura. // Quiero la multitud de tu Grandeza; / dimitir de mi ser, yendo en tu seno, / tabla de salvación de mi flaqueza, / por fin, ángel marino, pez terreno "(I, p. 444); y el que le dedica A MARÍA SANTÍSIMA (EN EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN), de lo segundo: " Hecho de palma, soledad de huerta / afirmada por tapia y cerradura, / amaneció la Flor de la criatura / ¡qué mucho! virginal, ¡qué nada! tuerta. // Ventana para el Sol ¡qué sólo! abierta: / sin alterar la vidriera pura, / la Luz pasó el umbral de la clausura / y no forzó ni el sello ni la puerta." (I, p. 368). No se puede ser más sutil y explícito a la vez.

El amor como una de las exudaciones humanas, ha tenido tantas formas de manifestarse como hombres ha habido en el mundo. De él, los poetas han hecho su particular campo de Agramante, lo que nos permite constatar su poder y sus implicaciones. "El hombre que camina sin amor, camina amortajado hacia su propio funeral", escribe León Felipe. El amor, universal temático, fluye intermitente como un Guadiana desbordado por la vida y la obra de nuestro poeta. El amor y la muerte, el afecto y la desolación. Un amor con gradaciones paternales hacia sus hijos, el muerto y el vivo, apenas entrevisto, fraternal hacia sus amigos, colectivo hacia su pueblo, sus soldados, sus campesinos; y deseante hacia la mujer, en especial Josefina Manresa, con la que al final se casaría, sombra anhelada en sus poemarios, El amor, y como querencia inevitable el sexo, sugerido unas veces, más patente otras, necesario para sus ansias de trascendentalidad a la manera unamuniana: Por la sangre a través de los hijos, por las obras a través de la poesía y por la honra a través de su inquebrantable compromiso político. No me atrevería yo a calificar de explícitamente erótica la poesía de Miguel Hernández. Le falta el cinismo necesario para abstraerse del objeto amado, para jugar al sexo por el sexo. Pienso más bien en una poesía amorosa sentimental y emotiva, sensual sí, pero sin dobleces. En los poemas amorosos de *El rayo que no cesa*, tanto los más pasionales nacidos de su relación con Maruja Mayo, como los que se refieren a Josefina, se pueden espigar bien parte de los anhelos y sinsabores del poeta: "Zarza es tu mano si la tiento, zarza, / ola tu cuerpo si lo alcanzo, ola, / cerca una vez, pero un millar no cerca" (I, p. 498). "Yo te libé la flor de la mejilla, / y desde aquella gloria, aquel suceso, / tu mejilla, de escrúpulo y de peso, /se te cae deshojada y amarilla" (I, p.499). "Al derramar tu voz su mansedumbre / de miel bocal, y al puro bamboleo, / en mis terrestres manos el deseo / sus rosas pone al fuego de costumbre // Exasperado llego hasta la cumbre / de tu pecho de isla, y lo rodeo / de un ambicioso mar y un pataleo / de exasperados pétalos de lumbre.// Pero tú te defiendes con murallas / de mis alteraciones codiciosas / de sumergirte en tierras y océanos" (I, p. 507).

E inevitablemente la muerte, la del hijo, que le llena de tristeza, redobla sus instintos paternales y desata su ternura y sus urgencias de trascendentalidad. Poemas como A MI HIJO; ORILLAS DE TU VIENTRE y el ciclo de HIJO DE LA LUZ Y DE LA SOMBRA del *Cancionero y romancero de ausencias*, son ejemplos patentes de la trasformación de su voz, que a pesar de su desolación redobla su aliento: "Con el amor a cuestas, dormidos y despiertos, / seguiremos besándonos en el hijo profundo. / Besándonos tú y yo se besan nuestros muertos, / se besan los primeros pobladores del mundo" (I, p. 716).

Pero hay también otras muertes, la de Ramón Sijé o la de Federico García Lorca y Pablo de la Torriente, que le hacen escribir elegías que están, por derecho propio, entre las más logradas de nuestra literatura; y permanecen siempre presentes en el imaginario colectivo como un icono de emociones. Así la de Ramón Sijé en tenso equilibrio entre la contención de los recuerdos: "Volverás a mi huerto y a mi higuera: / por los altos andamios de las flores / Pajarera tu alma colmenera"; y el desgarro del planto: "No perdono a la muerte enamorada, / no perdono a la vida desatenta, / no perdono a la tierra ni a la nada. // En mis manos levanto una tormenta / de piedras, rayos y hachas estridentes / sedienta de catástrofes y hambrienta". (I, p. 510)

No perdono a la muerte enamorada, / no perdono a la vida desatenta, / no perdono a la tierra ni a la nada [...]

Y además la muerte inexorable de los combatientes en la guerra. La muerte, el dolor, la sangre, el sufrimiento, que sobrevuela siempre sus últimos poemarios y va minando, entre otras cosas, su optimismo mesiá-

nico, a pesar de cierta gestualidad retórica inherente a toda literatura de propaganda. EL TREN DE LOS HERIDOS de *El Hombre acecha* es un compendio de esta situación: "Silencio que naufraga en el silencio / de las bocas cerradas de la noche. / No cesa de callar ni atravesado. / Habla el lenguaje ahogado de los muertos. / Silencio". (I, p. 672)".

Como colaborador de la enciclopedia *Los toros*, que dirige José María de Cossío, Miguel Hernández trabaja en Madrid desde 1934; y al poco tiempo de estallar la Guerra Civil se alista en el Quinto Regimiento donde ocupará el cargo de Comisario de Cultura en el Batallón de "el Campesino". Es entonces cuando en contacto con la cruda realidad del conflicto, tiene su segundo encuentro, reencuentro debíamos decir, con *los demás*, con los otros; ahora no los poetas, sino las gentes del pueblo obrero y campesino que formaban masivamente su batallón. También es ahora cuando asume decididamente la ruptura de sus ideas de corte católico y su asunción de la poesía impura que venían gestándose desde la publicación de *El rayo que no cesa*. Con la guerra Miguel Hernández encuentra un nuevo registro para su voz, que va a cuajar en artículos, cartas, obras dramáticas en prosa y en verso: *Teatro en guerra, El pastor de la muerte, Los hijos de la piedra, El labrador de más aire*; y en los tres poemarios que llegan hasta su muerte y por los que se le reconoce como uno de los grandes poetas de la Guerra Civil y del siglo XX.

Viento del pueblo es una miscelánea en la que hay elegías individuales como las dedicadas a Lorca o a Pablo de la Torriente, poemas elegíacos colectivos, SENTADO SOBRE LOS MUERTOS, exhortaciones a la juventud y llamadas al combate, apologías de héroes y heroínas, PASIONARIA, ROSARIO, DINAMITERA, exaltación del colectivo de soldados y jornaleros, ACEITUNEROS, LAS MANOS, diatribas contra el enemigo, CENICIENTO MUSSOLINI, etc. La obra, en la que predomina un gran impulso épico, se caracteriza por su sinceridad y por su constante apelación a la libertad, a la solidaridad y al sacrificio para ganar y sobrellevar la guerra como preludio de una revolución sin precedentes para España. En ella Miguel combina con gran libertad metros cortos, ágiles y de impronta popular, a los que estaba acostumbrado desde sus comienzos como poeta, y que también utiliza en sus obras teatrales, VIENTOS DEL PUEBLO ME LLEVAN, LOS COBARDES; pero también largos versículos en poemas de mayor solemnidad, como en CANCIÓN DEL ESPOSO SOLDADO, EL SUDOR O LAS MANOS. *Viento del pueblo* es un libro de propaganda antifascista, "poesía de guerra", como acertadamente la calificó Cano Ballesta[5], inmerso en una "poética de urgencia"[6], en palabras de Agustín Sánchez Vidal, y como tal se orienta hacia la propaganda y la potenciación de valores ancestrales de redención y lucha; pero a pesar de ello mantiene hasta hoy su vigencia, porque con él nuestro poeta supo conectar, y continúa conectando, con aquellos interlocutores que conocían y siguen conociendo las discriminaciones y las injusticias: "Juventud solar de España: / que pase el tiempo y se quede / con un murmullo de huesos / heroicos en su corriente. / Echa tus huesos al campo, / echa las fuerzas que tienes / a as cordilleras foscas / y al olivo del aceite. / Reluce por los collados, / y apaga la mala gente, / y atrévete con el plomo, / y el hombro y la pierna extiende" (I, p. 573). "Como si con los astros el polvo peleara, / como si los planetas lucharan con gusanos, / la especie de las manos trabajadora y clara / lucha con otras manos" (I, p. 592).

Miguel Hernández habla en la emisora del 5º Regimiento, en Madrid, en diciembre de 1936. Foto: FUNDACION CULTURAL MIGUEL HERNÁNDEZ

En *El hombre acecha* el "poeta soldado" mantiene en parte el tono anterior, *LLAMO AL TORO DE ESPAÑA*, pero introduce en él un nuevo sentir, más reflexivo, humanizado y de introspección personal, que hace del libro una de las creaciones de mayor emotividad, fuerza y poder de sugestión de nuestro autor. Son conocidas y repetidas las observaciones de María Zambrano en relación con el cambio que se opera en Miguel en 1937: "La crisis antes del término de la guerra apareció en una mayor hondura. Fue a la vuelta de un viaje en grupo a la Unión Soviética cuando en Valencia, en las últimas veces que le vi, apareció vuelto hacia dentro, enmudecido. Cualquier pregunta hubiese sido improcedente, ya que la respuesta era él, él mismo a solas con aquello que dentro de su ser sucedía". No es difícil ver en la muerte de su primer hijo, acaecida en 1938, en la experiencia de su viaje, con sorpresas como la indiferencia de muchos europeos ante la tragedia de

España, en los derroteros de la propia contienda, como pudo comprobar él mismo en la batalla de Teruel en la que participó, las causas de su crisis y la escisión que se va gestando entre el Comisario de Cultura y el "poeta del hombre", que ve con sus "ojos de mil años" el derrumbamiento progresivo de las espectativas de victoria, que posponían cada vez más el triunfo de los suyos. Y a pesar de ello, en medio de tanta desolación y desconcierto, abre siempre una puerta a la supervivencia y la concordia: "Retoñarán aladas de savia sin otoño / reliquias de mi cuerpo que pierdo en cada herida. / Porque soy como el árbol talado, que retoño: / porque aún tengo la vida" (I, p. 666). El país, los muertos, la mujer, la madre se funden en un todo premonitorio y redentor, pero todavía esperanzado: "Además de morir por ti, pido una cosa: / que la mujer y el hijo que tengo, cuando pasen, vayan hasta el rincón que habite de tu vientre, / madre" (I, p. 680). Y en la CANCIÓN ÚLTIMA, intensa y de un voluntarioso lirismo: "Florecerán los besos / sobre la almohada. / Y en torno de los cuerpos / elevará la sábana / su intensa enredadera / nocturna, perfumada / El odio se amortigua / detrás de la ventana. /Será la guerra suave. / Dejadme la esperanza." (I, p. 680)

[...] la palabra, el verso, le sirve, en las peores circunstancias, de bálsamo y antídoto para combatir su adversidad

Abril de 1936.
En el cementerio de Orihuela.

El *Cancionero y romancero de ausencias* cierra la producción hernandiana, que se presenta ahora como un compendio y resumen de todos los elementos que han ido configurando el imaginario del poeta, maravillosamente adelgazados y sin la complementaria ganga retórica, tan prodigada por el poeta en otras obras suyas. Vista en perspectiva toda la producción literaria de nuestro autor es una sucesión ininterrumpida de climax y anticlímax, que a pesar de sus cambios y tensiones mantiene unas constantes temáticas y expresivas: el amor, la muerte, la naturaleza aleccionadora y fecunda, el deseo, el fulgor simbólico de la sangre, el hombre con su potencial creativo, con su grandeza y su fragilidad. Son constantes, que se manifiestan en las dos dimensiones métricas habituales en él. El verso largo de solemne y cadenciosa elevación; y sobre todo el corto, condensado, plástico y de una gran efectividad evocadora y sentimental. Afianzado en sus obsesiones, la palabra, el verso, le sirve, en las peores circunstancias, de bálsamo y antídoto para combatir su adversidad; y aunando lo elemental de la vida con la totalidad de universo, dejarnos un haz de poemas, que aunque se cierra en el tiempo por lo inexorable de la muerte, queda siempre abierto al goce, a la interpretación y al sentimiento: "Llueve como una sangre transparente, hechizada. / Me siento traspasado por la humedad del suelo / que habrá de sujetarme para siempre a la sombra, / para siempre a la lluvia. // El cielo se desangra pausadamente herido. / El verde intensifica la penumbra en las hojas. / Los troncos y los muertos se oscurecen aún más / por la pasión del agua. // Y retoñan las cartas viejas en los rincones / que olvidó bajo el sol. Los besos de anteayer, / las maderas viejas y resecas, los muertos / retoñan cuando llueve" (I, p. 717). ■

Llueve como una sangre transparente, hechizada. / Me siento traspasado por la humedad del suelo/ que habrá de sujetarme para siempre a la sombra, / para siempre a la lluvia [...]

[1] Citado por Agustín Sánchez Vidal en su excelente introducción a *Miguel Hernández. Obra Completa*, Madrid, Espasa Calpe, 1992, T. I (Poesía), p.31. Todas las citas de los poemas de Miguel Hernández son de esta edición.

[2] El subrayado es mío.

[3] "Más allá de un mito". En *El País Semanal*, nº 1.745, 7 de marzo de 2010, p.46.

[4] En el tomo III de *Miguel Hernández. Obra Completa*, *op. cit.*, se recogen muchos de estos textos en prosa.

[5] *La poesía de Miguel Hernández*, Madrid, Gredos, 1978.

[6] En "Introducción" a *Miguel Hernández, Obra completa, op. cit.*, p.90.